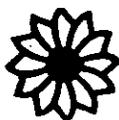


Culturas y destinatarios

Un acceso a través de la validación de mensajes

CARLOS EDUARDO CORTES S.



En las horas de mayor amargura, repunta siempre el camino eterno a la utipía. Todo tiene gusto a compensación, puesto que la vida real no es utópica. Pero, de no ser por la utopía, la compensación sería la propia mediocridad.

Pedro Demo.

En cierta ocasión, no muy lejana, un grupo de profesores de una Facultad dedicada a alguna rama de las llamadas ciencias sociales, debatía con vehemencia sobre el rumbo del currículo frente al tema de la cultura popular:

- Es preciso, argumentaba uno, que la investigación realizada por los estudiantes se involucre con proyectos de desarrollo, así sean de otras Facultades.
- Pero las salidas al campo, replicaba otro, exigirán muchos días en las cuales será imposible que asistan a los seminarios de reflexión.
- Hay que pensar en otra solución intermedia, terció uno de ellos.
- No hay soluciones intermedias, concluyó un cuarto. Los estudiantes que quieran ayudar a los campesinos a sembrar papa, que se retiren de la

Facultad. La reflexión sobre la cultura es muy importante, y no tiene sentido que los seminarios se interrumpan por causa de esas salidas.

Allí finalizó la discusión. La investigación se limitó a ser documental (léase lectura rápida de fotocopias sin referencia bibliográfica), y el seminario sobre cultura culminó exitoso con algunas investigaciones de grupo (léase adaptación mecanografiada de párrafos superpuestos sacados de las fotocopias).

¿Puede uno ser irónico con un espacio tan querido como el de la Universidad ¿Sí, si se habla de un

* Pontencia presentada ante el Seminario Regional Latinoamericano - Universidad, telecomunicaciones y Sociedad-, México D.F., marzo 10 al 13 de 1992.

** Radio Nederland Training Centre

incidente real y generalizado, aunque parezca caricaturizado. Sí, se comparte lo que el intelectual brasilero Pedro Demo expresó al justificar por qué cuestionaba su propia labor académica: *«Sólo sé que es el resultado de una angustia concreta, que proviene sobretudo de una sensación: La relativa inutilidad de lo que hago»* (Demo, 1985).

La base de tal autocrítica no es gratuita. Durante los últimos años hemos presenciado el deterioro más sistemático de las condiciones de vida entre la inmensa mayoría de la población de nuestros países. Y más allá de deudas internas, externas y eternas, es preciso reconocer el cada vez mayor débito social de las ciencias y, en consecuencia, de la Universidad. Débito, porque hay una cuestión moral de fondo en la «relativa inutilidad» del conocimiento producido por la Universidad con el supuesto propósito de procurar la emancipación humana. El hecho es que dichos problemas han aumentado y se han augizado, mientras las ciencias sociales tienden a aislar su crítica sin compromisos para la práctica.

Por desdicha, este no es un problema localizable solo en el espacio universitario. Con el nuevo orden mundial se completó un proyecto de mercado total en el cual la política, el arte y la ciencia tienden a actuar más en función de la oferta y la demanda, que de la pasión por mejorar la calidad de la vida cotidiana.

El nuevo orden, observa Hinkelammert, visto como réplica secularizada de la Edad Media ha construido una nueva y única ética que somete al sujeto y sólo le otorga derechos individuales en y a través del mercado. Así como en el medioevo no existía legitimidad fuera del ámbito de su Ley de Dios, en la actualidad no parece haber legitimidad fuera de la ley del mercado, sino caos, despotía y amenaza (Hinkelammert, 1991).

Frente al sometimiento del sujeto han aparecido movimientos de resistencia para reivindicar la emancipación humana. Pero en tanto emancipación (de las mujeres, las razas, las clases, la naturaleza...), componen una resistencia a la lógica del mercado. En consecuencia, la búsqueda de emancipación se traduce hoy como caos y amenaza, porque se resiste al avance de la apertura del mercado.

Así ocurrió con el pacifismo, cuando se declaró la Guerra del Golfo; así ocurre con los ambientalistas, cuando reclaman un desarrollo sostenible; así está ocurriendo con los inmigrantes del Tercer Mundo en Europa, cuando reclaman derechos ciudadanos que les son negados por los vientos de etnocentrismo y que soplan en occidente.

Ya no hay modernización, y mucho menos dependencia. Con el nuevo orden hay apenas interdependencia, como corresponde a todo libre mercado. Pero con esta noción geopolítica se han borrado las huellas de la desigualdad. Y toda denominación cultural, económica o política parece hoy justificable en aras de una natural expansión del mercado. (Mattelart, A. & Mattelart, M. 1987).

La institución universitaria o, por lo menos, el sector de las ciencias sociales, está en mora de preguntarse a dónde lo están conduciendo todos esos cambios, en un momento en que las ciencias sociales tienden cada vez más a solucionar demandas del mercado que casi nunca coinciden con las demandas de la mayoría de la sociedad.

Las ciencias sociales buscaron siempre crear alternativas mediante el ejercicio de la crítica de lo presente. Sin importar el pelaje ideológico de la propuesta, se estableció muy temprano un estrecho vínculo entre estas disciplinas científicas y la idea de superar los problemas sociales a través de algún mecanismo generador de progreso, cambio social, desarrollo u otra noción por el estilo, actuando sobre el espacio de la cultura.

Al finalizar los años 40, la producción de conocimiento en la psicología, la ciencia política y el marketing industrial salió de las aulas y comenzó a comprenderse como un factor importante para la planeación y el desarrollo económico y social. Entre 1950 y 1960, el modelo de la modernización buscaba procedimientos efectivos para introducir en una sociedad tradicional características comunes a las sociedades modernas.

La presencia más fuerte de las ciencias sociales, fuera de las propias universidades, se produjo en América Latina cuando los programas de difusión de innovaciones inundaron los organismos estatales

para llevar a cabo en la región una ideal prueba de campo del modelo modernizador. Los gobiernos desarrollaron proyectos de desarrollo agropecuario y organización comunitaria; campañas de alfabetización, planificación natal y salud materno-infantil... Las universidades proporcionaron los modelos y los ejecutores, y se propusieron dedicarse a la investigación y la enseñanza para desembocar con sus soluciones en programas de extensión o servicio a la comunidad.

Después de la euforia modernizante, y frente a sus evidentes fracasos, el mismo ejercicio de la crítica, apoyado ahora por el materialismo histórico, por metodologías estructuralistas y por la sociología de Frankfurt, hizo que las ciencias sociales latinoamericanas desembocaran en la original teoría de la dependencia y en la noción de imperialismo cultural.

En los años 60 y 70, la principal presencia social de la universidad se vivió en los movimientos estudiantiles que intentaron reestructurarla para ponerla al servicio de necesidades populares y convertirla en foco de cambio social profundo. El cambio, desde esta perspectiva, vendría por procesos de concientización de la llamada cultura popular desarrollados por grupos de intelectuales capaces de romper la denominación ejercida por los aparatos ideológicos del Estado.

Pero, más allá de dolorosos enfrentamientos ideológico-políticos, de sobra conocidos, que rara vez lograron enraizarse en movimientos populares, la capacidad de acción de las ciencias sociales latinoamericanas se vio desde entonces recluida en ambientes académicos.

Los Modelos 90

Un reciente esfuerzo crítico se inicia en los años 80 y desemboca en la crisis de paradigmas originada por el derrumbe de los sistemas socialistas de Europa, cuyas consecuencias han generado tres vertientes de contornos aún opacos e intercambiables. Un sector de las ciencias sociales latinoamericanas se ha embarcado en un diálogo de sordos con la posmodernidad europea. Otro se ha matriculado

definitivamente en las filas de la poshistoria, coreando a Francis Fukuyama, el profeta del neoliberalismo.

Por último, un tercer sector mantiene izada la bandera de la utopía crítica racional, y se ha hecho muy representativo, durante la última década, en el campo de la comunicación. Dicho campo, tan influido por la semiótica y la herencia nefasta de Althusser durante los años 70, evolucionó hacia una búsqueda de lo popular con una reflexión de carácter más antropológico, marcado por una fuerte influencia gramsciana, capaz de poner en cuestión toda la noción de dominación cultural frente a la de hegemonía social. A la vez, desembocó en una profunda autocrítica y un *mea culpa* caracterizado por una serie de rupturas y desplazamientos que Martín Barbero describe como una lucha librada por las ciencias sociales contra el cientificismo funcionalista pero también contra la inercia del marxismo dogmático. (Martín-Barbero, 1987).

Es obvio que esta crítica es valorizable por su capacidad de llegar hasta su estado actual: un intento de re-conocimiento del campo cultural y de las resistencias populares que han negado sistemáticamente todos los intentos que desde muchos ángulos teóricos pretendieron darle explicación. Pero ello no justifica el porqué las ciencias sociales no han podido saldar su inmenso débito social.

¿Pueden ser científicas unas ciencias cuya actividad durante los últimos 40 años se ha mostrado incapaz de producir conocimiento y práctica que garanticen una sociedad habitable, menos conflictiva, menos desigual? No basta cobijarse bajo el manto de la competencia intelectual, y argumentar que el problema de la práctica es otro, o que la sociedad no cambia por causa de factores ajenos a la Universidad, pues, ¿dónde queda entonces el sentido de emancipación que les dio origen a las ciencias sociales?

Por otra parte, los recientes avances de la crítica en las ciencias sociales están más en cabeza de unos cuantos individuos cuya labor apenas alcanza a permear a algunos de sus estudiantes, menos a sus colegas, y muy rara vez a la institución que los cobija.

Sí ha sido preciso recuperar en el espacio de la cultura los sujetos históricos que había perdido de vista por la miopía del dogmatismo -y digo perdido, puesto que el mismo Gramsci ya lo veía varias décadas atrás, eso significa que será necesario ir más allá de la reflexión sobre la cultura, a fin de completar el *mea culpa* de haber hablado durante años del pueblo pero no con el pueblo.

La Universidad es, entre otras cosas, un enorme espacio de producción de mensajes, puesto que habla de muchas formas y con muchos sectores sociales. Pero, frente a esta coyuntura, cabe preguntarse con quién y cómo va a hablar a partir de ahora.

Será preciso ampliar el espacio de interlocución, ir más allá de la reflexión e intentar intercambiar y relacionarse con sujetos concretos; no la noción abstracta de pueblo, sino las personas que perciben sus propios problemas, son cómplices de sus propias condiciones de sometimiento pero, a la vez, generan formas de resistencia que reivindican la emancipación en alguna de sus formas.

Por supuesto, hay esfuerzos intelectuales que se encuentran hace tiempo en ese camino; hay valiosísimas experiencias de investigación participante y numerosos proyectos de autogestión y organización comunitaria, pero aún reclusos, la mayoría en el campo de la discusión científica interna.

Me explico. Hay una suerte de desniveles o desfases que han hecho mucho más ardua esta tarea. No es toda la Universidad de que investiga, no es común la cooperación interdisciplinaria entre las Facultades o Departamentos; hay más esfuerzos aislados, limitados, que políticas académicas para movilizar en ese camino a toda una institución.

Dentro de las universidades, suelen ser unos los que reflexionan sobre la cultura y otros los que se relacionan con culturas concretas. Es decir, la institución no suele alimentarse con sus propios avances de investigación. En consecuencia, se cuestiona discursivamente un estilo de relación con sectores sociales, pero en la práctica se les sigue extendiendo saberes sin recoger nada, sobre el supuesto que no hay nada para recoger.

Dichos desniveles son aún más visibles en la manera de concebir los procesos comunicacionales mediante los cuales la universidad entra en relación consigo misma y con diversos sectores sociales. Por una parte, se legitima lo que Daniel Prieto denomina *emisión privilegiada*: la sociedad se devive entre emisores y receptores, hay instancias llamadas a cumplir el primer papel y nadie tiene que interferir en ellas. (Prieto, 1985).

Cuando un ser o un grupo conciben su percepción como verdadera (y aquí no puedo entrar en una necesaria discusión sobre ideologías y campos profesionales), tiende a excluir otras percepciones, así provengan de los destinatarios de su propia acción. Paulo Freire hizo muy temprano esta advertencia. A comienzos de los años 60 ya veía cómo la noción de extensión constituía una negación del otro, en detrimento de una verdadera comunicación. Sin embargo, las universidades no prestaron demasiada atención. Incluso, sus programas, centros y departamentos de extensión siguieron llamándose exactamente igual.

Por otra parte, este privilegiamiento de la fuente emisora llevó a la universidad a una confianza excesiva en el poder de sus propios mensajes para transferir conocimientos y tecnologías, o para cambiar conductas; y se ligó a una confusión entre persuasión y comunicación que produjo una asimilización de lo comunicacional a esquemas propios de la publicidad y la propaganda política, es decir, un modelo de conducción no de intercambio.

El papel de las telecomunicaciones

Es desde allí que podemos rastrear la presencia y la relación de las telecomunicaciones en la Universidad. En los años 60, ya las ciencias sociales manejaban el modelo difusionista de comunicación, destinado a persuadir a las personas para adoptar valores y actitudes positivas al cambio y al progreso, venidos con la tecnología, la ciencia, la urbanización y la industrialización.

Este modelo de desarrollo atribuye a la expansión de los medios de difusión colectiva, en una sociedad tradicional, la capacidad de introducir características

comunes a las sociedades modernas. Es en ese espacio donde el satélite y los llamados medios para la educación emergen con fuerza por vez primera, para culminar unos años más tarde con el ideal manipulador de una tecnología educativa.

El resultado de esta visión prevaleciente es que sobre sale un tipo de relación de la Universidad con la sociedad en donde la participación de la gente no constituye una prioridad. Interesa sobre todo lo que la institución tiene para decir, su propio discurso científico tecnológico, no las percepciones y las demandas de los grupos a los cuales se pretende emancipar o, mas modestamente, modificarles la vida cotidiana.

Sumado a ello, dicha visión se alimenta de una fascinación por las crecientes y cada vez mas capaces tecnologías de la telemática. Fascinación que ha conducido a reducir lo comunicacional al uso de medios técnicos y, a la vez, a considerar la tecnología como un valor en sí mismo, capaz de convertirse en una solución en busca de problemas.

En consecuencia, la tradición universitaria ha sido mas que todo una tentativa de decir su palabra. Habla de las culturas, mas no con las culturas. Ha forjado durante siglos una cultura erudita que desprecia las culturas no eruditas. Y esta suerte de «logocentrismos» se refleja en sus formas de hablar.

La Universidad dedica la mayor parte de su expresión a hablar consigo misma. Sus mensajes internos -currícula, comunicaciones científicas, tesis, artículos especializados y reportes de investigación-, necesarios para el mantenimiento y el crecimiento de una comunidad científica, pueden todos contener saberes invaluable. Pero el discurso científico técnico en el que están elaborados sólo permite el acceso -y no siempre se logra-, a quienes se introducen en esa comunidad por vía de una carrera universitaria. Así, pues, dichos mensajes, por causa de su propia naturaleza, sólo pueden hablarle a un reducido sector de la sociedad.

Y cuando la Universidad habla para otros, tiende a hacerlo desde sí misma. La tarea de hablarle a sectores externos corresponde a tres tipos principales de mensajes: la promoción de sus servi-

cios, la divulgación de su conocimiento y las acciones de «extensión». Para los fines de nuestra discusión, interesan la divulgación y la extensión. Es en esos dos espacios en donde la Universidad no ha podido superar el modelo difusionista de comunicación, y donde se presentan los mayores usos, y también las mayores confusiones, en la incorporación de las telecomunicaciones a sus mensajes.

En los dos casos, la universidad suele usar los medios para decir su palabra, sin entrar a considerar las implicaciones comunicacionales del uso de un medio. La tecnología, en términos comunicacionales no puede justificarse en sí misma, porque lo que corre por sus venas electrónicas son formas de lenguaje, y los lenguajes, por sobre cualquier consideración, se enraizan en las culturas que les dan origen, no en la técnica que los canaliza.

Si la función de la ciencia es producir conocimiento, y si las ciencias sociales producen conocimiento para la emancipación humana, esto significa que su tarea sólo se completa cuando dicho conocimiento genera alguna utilidad social evidente.

Y, puesto que la mayoría de la sociedad no tiene acceso al discurso científico-técnico, cada vez que se usen telecomunicaciones será preciso jugar a fondo con otros lenguajes de uso común y con las maneras como circulan estos lenguajes en los medios de difusión colectiva. En otras palabras, la universidad puede y debe usar hoy la telemática para llevar sus mensajes a los destinatarios de su conocimiento, pero no puede garantizar que dichos mensajes tendrán alguna utilidad social, a menos que sepa muy bien a quién le habla y cómo habla ese ser.

¿Cómo tener acceso a otras culturas diferentes de la propia cultura erudita, académica, científico-técnica y «logocéntrica» de la Universidad latinoamericana? Evidentemente hay allí un problema de comunicación, cuya respuesta no la está dando la reflexión actual sobre la cultura. La pregunta no interroga el carácter de la investigación, que ya ha cambiado, sino las formas concretas en que la Universidad le va a dar una utilidad social a los resultados de su investigación.

Telemática sí; pero ¿para decirle qué a quiénes?
 ¿para aumentar el flujo de mensajes internos y hablar consigo misma de espaldas a la realidad?
 ¿Para que la sociedad de mercado genere mejores formas de control social, utilizando -ella sí- conocimientos científicos? ¿Para que los sectores sociales que resisten al sometimiento del nuevo orden encuentren un interlocutor real para sus necesidades de emancipación?

Dos retos se abren para la Universidad que pretende mantenerse en la tercera dirección: el primero, romper con la emisión privilegiada que se ha mostrado incapaz de hablar con otras culturas. El segundo, acercarse a esas otras culturas para hablar de su realidad, con sus propios lenguajes, en vez de expresarse con la arrogancia de un discurso científico sin consecuencias prácticas para sus supuestos destinatarios.

Todos los lenguajes que circulan en los medios, tales como el audiovisual o el radiofónico, se expresan a través de recursos cristalizados en géneros y formatos. No es posible pretender usar esos géneros y formatos, que no son propios del discurso científico, si no se conocen los lenguajes que sí los utilizan. Por ejemplo, no es posible hacer teleeducación efectiva, por muy sofisticada que sea la tecnología usada, si no se conocen las reglas de construcción propias de los formatos televisivos.

A la vez, no es posible usar las reglas de construcción de un formato en el vacío. Es preciso conocer las formas de reconocimiento, los usos y las preferencias de dichos elementos generadas por la interrelación entre los mensajes y sus destinatarios.

La producción de mensajes es algo más complejo que disponer de recursos tecnológicos. Si la Universidad pretende dialogar con las culturas, eso supone hablar con ellas, saber de qué hablan y cómo hablan. Partir del otro, y no de sí misma, para que los *mensajes producidos hablen, a su vez, en los lenguajes que el otro acepta y comprende, y le hablen de lo que percibe como útil y necesario*. En otras palabras, que el mensaje universitario tenga validez no solo para la propia institución, sino para sus destinatarios. (Prieto & Cortés, 1990).

El papel de la validación de mensajes

Hacer válidos, entonces los mensajes. Sin embargo, esta no es una propuesta destinada a hacer más compleja aún la producción. No se trata de investigar infinitamente estos aspectos, sino de hacer claridad sobre los destinatarios concretos de cada mensaje, a fin de lograr que cumpla su propósito y evitar lanzarlo al vacío.

La lectura de palabras o de imágenes es una actividad basada en la capacidad perceptual del destinatario; es decir, en los elementos que su propia cultura le ha proporcionado para representarse lo que es apropiado hacer, aprender y entender, de acuerdo con una escala de valores. No es el insumo informativo elaborado por los productores sino la representación del destinatario la que otorga sentido a un mensaje.

No es el caso indicar aquí procedimientos de validación que harían parte de una propuesta más detallada sobre el tema. Estas líneas han pretendido apenas ser provocativas en lo que toca a la necesidad de repensar el papel que juega la producción universitaria de mensajes, en relación con la función atribuida por la propia institución al conocimiento que elabora. Sin embargo, es posible mencionar una serie de preguntas que deberían acompañar un esfuerzo de validación de los propios mensajes.

¿Para quiénes produce mensajes la Universidad? ¿A qué grupos sociales en particular quiere alcanzar? ¿cuáles son las expectativas de estos grupos frente al conocimiento que la universidad le ofrece? ¿Cuáles son sus demandas, sus percepciones y sus necesidades ligadas a ese conocimiento? ¿Cuáles son sus preferencias y hábitos en relación con otros tipos de mensajes? ¿Qué mensajes y medios son más adecuados para responderles?

Es posible poner a prueba todos los mensajes que pretendan acercarse a la cultura de sus destinatarios, validarlos con especialistas, tanto en el tema como en la producción, pero lo más importante, validarlos con grupos provenientes de los propios destinatarios.

La Universidad también precisa aprender. Y para ello puede recurrir a procedimientos viables que se han mostrado eficaces cuando alguna institución universitaria se los ha apropiado. Una propuesta en tal sentido demandaría un mayor desarrollo; pero a manera de síntesis podrían mencionarse cuatro tareas muy concretas:

- **Ampliar el espacio de interlocución.** Esto es, mejorar la relación con el propio contexto y los destinatarios reales, para que la Universidad se vincule con otros esfuerzos, institucionales y comunitarios, gubernamentales y no gubernamentales, que tienden a trabajar en el inmediatismo y el productivismo que suele imponer la práctica cuando carece de un espacio de reflexión sobre las consecuencias de su quehacer.
- **Reducir la distancia que suele separar a la investigación del servicio a la comunidad,** para que los avances logrados en la comprensión de los problemas tengan mucha mayor cabida en las maneras de expresar ante la sociedad esos conocimientos.
- **Capacitar en producción de mensajes a los equipos encargados de la difusión y el servicio a la comunidad,** de manera que se reconozca cuan diferente es usar una tecnología de comunicación si se utilizan efectivamente los lenguajes canalizados por los medios en géneros y formatos reconocibles por los destinatarios.
- **Validar los mensajes producidos,** aún a costa de más tiempo y recursos, para asegurarse de que la expresión universitaria no solo tenga sentido para sí misma, sino para los diversos sectores sociales con los que habla para ofrecerles su conocimiento.

Quizás sea necesario también repensar el valor mismo del conocimiento científico-tecnológico, en aras de recuperar los enormes componentes de sabiduría que toda cultura no erudita posee. La preocupación por la calidad de la vida, en todo lo que tiene que ver con aspectos como la felicidad, la sensibilidad, lo lúdico y lo bello, desborda a las ciencias y se inserta en otras esferas que han estado

muy distantes de la Universidad. Pedro Demo ha llamado la atención sobre otras dimensiones del conocimiento como la sabiduría, el sentido común y las artes, las cuales se arraigan en aspectos cualitativos identificables por completo en la vida cotidiana de muchas personas. (Demo, 1985).

La comprensión actual de la crítica en ciencias sociales ha revalorizado muchos de esos aspectos: educar, no instruir; organizar, no conducir; comunicar, no extender. Pero el repensar estos problemas no exige apenas nuevas formas de interpretar, sino principalmente nuevas maneras de hacer y actuar en la sociedad. Hoy sabemos más que muchos sobre guerra, pobreza y dominación; sin embargo, el tamaño de ese saber es comparable a la magnitud de la infelicidad presente.

Las inmensas posibilidades de la telemática son perfectamente rescatables para la utopía de la emancipación, siempre y cuando dejen de servir apenas para magnificar la voz de la Universidad. Es decir, siempre y cuando sirvan para acercarse y rescatar las claves de emancipación que en la vida social se construyen cada día, así a los ojos eruditos ello equivalga a salir de la universidad para ayudar a sembrar papas a los campesinos.

Referencias

- Pedro Demo. *Ciencias Sociais e Qualidade*. Sao Paulo: ALMED, 1985.
- Franz J. Hinkelammert. *Sacrificios humanos y sociedad occidental: Lucifer y la bestia*. San José de Costa Rica: DEI, 1991.
- Jesús Martín-Barbero. *Procesos de Comunicación y matrices de cultura*. Itinerario para salir de la razón dualista. México D.F., Gustavo Gili, 1987.
- Armand Mattelart & Michelle Mattelart. *Pensar sobre los medios*. Comunicación y crítica social. Madrid: FUNDESCO, 1987.
- Daniel Prieto Castillo. *Diagnóstico de comunicación*. Mensajes, instituciones y comunicados. Quito: CIESPAL, 1985.
- Daniel Prieto Castillo & Carlos Eduardo Cortés S. *El interlocutor ausente*. Notas y recomendaciones sobre investigación de expectativas de comunicación y validación de mensajes en torno a la infancia. San José de Costa Rica: RNTC, mimeo, 1990.